

Una promesa de salvación

Esta promesa hace que las demás palidezcan en comparación: la promesa de salvación, liberación del pecado, libertad de su esclavitud, liberación de su culpa, salvación de la condenación eterna y ver todo eso reemplazado por la vida eterna.

De vez en cuando, nos enredamos tanto con el presente que olvidamos que somos peregrinos en camino hacia un lugar mejor. Pero en esos momentos en que no lo olvidamos, nos damos cuenta de que, por encima de todo, la salvación es lo que necesito y lo que deseo. Por eso, la promesa de 1 Juan 5:13 es especialmente significativa: «Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna».

Tenía veintitantos años cuando leí eso en serio por primera vez, y me dio un vuelco. Llegué a ese versículo y pensé: "¿Qué? Juan, el apóstol, escribió algo aquí para que yo sepa que soy salvo, porque más que nada en el mundo, quiero la promesa y la seguridad de la salvación". ¿Saben lo que hice ese día? Volví a empezar de nuevo, y leí muy despacio y con mucho cuidado para ver lo que él había escrito para que yo supiera que soy salvo.

¿Quieres la promesa de salvación? Veamos los hechos que escribió.

1. Eres pecador. Juan dice que, si quieres aceptar la promesa de salvación y saber que eres salvo, primero comprende esto: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1:8). Eres pecador, yo soy pecador, todos los que conozco que llegan a la edad adulta han elegido pecar; no nacieron en pecado, sino que eligieron el camino del pecado.

Él nos recuerda: «Si afirmamos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso y su palabra no tiene cabida en nuestras vidas»

(1:10). Ves el problema: mi pecado. Mi pecado me separa de un Dios totalmente justo y santo que nunca ha pecado, que nunca pecará y que, por su propia naturaleza, no puede tolerar el pecado en su presencia. Ese es un verdadero problema, ¿verdad? Soy pecador, tú eres pecador, y servimos a un Dios que no convivirá con ningún pecado. Por eso Romanos 3:23 dice: «...todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios...». Y Romanos 6:23, tres capítulos después, dice: «La paga de ese pecado es muerte». Ese es nuestro problema.

¿Conoces una de las grandes ideas erróneas que tenemos en nuestro país? George Gallup la revela cada vez que realiza una encuesta religiosa sobre el cielo. Les pregunta a quienes creen en el cielo: "¿Crees que vas al cielo?". La mayoría de los estadounidenses responde que sí. Luego pregunta: "¿Por qué crees que vas al cielo?". La respuesta típica es: "Porque creo que soy tan bueno como los demás". Pero esa no es la pregunta. El problema no es lo bueno que seas, o lo malo que puedas ser. Tu bondad no es el problema. Es tu maldad. Aunque seas increíblemente bueno, sigues siendo malo porque sigues siendo pecador, y el único pecado que cometiste fue suficiente para mancharte y mantenerte alejado de la presencia de Dios por la eternidad. ¿Entiendes eso?

A veces nos centramos en nuestra bondad. Sería como alinear a toda la población estadounidense en la costa de California y decir: "Cuando se nos ordene, nos lanzaremos al océano Pacífico, sin comida, sin bote de remos, sin chaleco salvavidas, sin ayuda de ningún tipo, y nadaremos hasta Hawái". ¿Cuántos lo lograrán? Eso pensé. Yo tampoco.

Pero sabes que podríamos discutir sobre qué tan lejos vamos a llegar. Algunos de ustedes ni siquiera podrían pasar por encima de su cabeza antes de ahogarse porque son peligrosos en una bañera. Algunos de ustedes son muy buenos nadadores, tal vez podrían ir un cuarto de milla, tal vez podrían ir media milla. Creo que podría

ir la mayor parte de una milla si las olas no son demasiado malas. Algunos nadadores olímpicos podrían ir 50 millas, tal vez más, pero te diré lo que va a pasar con cada uno de nosotros. Nos vamos a ahogar. Ya sea que estés a 50 millas de la costa, o a 50 pies de la costa, estarás muerto como un clavo, porque la cuestión no es lo buen nadador que seas. El punto es que el abismo es demasiado grande. Ese es el punto sobre mi pecado. Tú y yo creemos que somos buenos. Si vislumbráramos el abismo que separa a la diminuta y vil humanidad del Dios creador del universo, nos inclinaríamos avergonzados y diríamos como Isaías: "¡Ay de mí!", exclamé. "¡Estoy perdido! Porque soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey, el Señor Todopoderoso." (Isaías 6:5). El apóstol Juan nos asegura que somos pecadores.

2. Jesucristo es la solución al pecado. «Les escribo esto para que no pequen» (1 Juan 2:1). ¿Por qué?

Porque el pecado es para nuestro propio detrimento. "Pero si alguno peca, tenemos a alguien que le habla al Padre, en nuestra defensa, Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio expiatorio por nuestros pecados" (1 Juan 2:1-2).

Algunas traducciones antiguas dicen: «La propiciación, el sacrificio expiatorio por nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo». Esa es la mejor noticia que jamás escucharán; si nunca la han escuchado, la mayoría sí. Pero incluso si la han escuchado, es la mejor noticia que jamás escucharán.

Tú y yo, cuando comparecemos ante el tribunal de Dios Padre, tenemos a alguien que es nuestro "abogado". Ese era un término griego para abogado defensor. El otro día entré en un tribunal y vi a un abogado defensor junto al acusado. De repente, me vino a la mente la imagen de Jesús a mi lado mientras yo estaba ante el trono del Padre.

La buena noticia es que, dijo, Él es la propiciación, el sacrificio expiatorio. La raíz griega significa "desviar", desviar la ira. A veces se usaba de otra forma para referirse a un instrumento como un escudo que desviaba los golpes de espadas y lanzas de los soldados enemigos. ¿Entienden el punto? Cuando Jesús colgaba de esa cruz, toda la ira de Dios, dirigida hacia el pecado porque Él odia el pecado, golpeó esa cruz y Jesús la desvió de ti y de mí. Y por eso clamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Entendamos que la clave de la salvación es Jesucristo. Ese es el poder de la salvación. El apóstol dijo: «En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). ¿Quieres saber cuál es ese nombre? Es Jesús.

Mateo 1:21, el anuncio del próximo nacimiento de Jesús, dice: «ponle por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». 1 Corintios 15:22 dice: «Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados». La buena noticia es que, cuando Jesús salió de esa tumba al tercer día, quedó vacía. La esclavitud y el poder del pecado y la condenación quedaron allí. Fueron rotos por Jesucristo, nuestro sacrificio expiatorio. La primera verdad es que soy pecador. La segunda es que Jesucristo es la respuesta. ¿Qué más nos dice Juan sobre el conocimiento de la salvación?

3. Afirmar que la salvación es: «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al Padre, ama también a su Hijo» (1 Juan 5:1). Esa es parte de la respuesta.

Este es el que vino mediante agua y sangre: Jesucristo. No vino solo mediante agua, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres

concuerdan. (versículo 6) Puede que al principio esto les suene un poco confuso, pero aclarámoslo.

En primer lugar, aceptar la salvación que Jesús ofrece comienza con la creencia de que él es quien dijo ser. Dios hecho carne, el Hijo de Dios, eso dice el versículo uno del capítulo 5. No se equivoquen. Esa creencia es el fundamento de la vida eterna que Jesús ofrece. Puedes hacer lo que quieras, puedes arrepentirte, puedes bautizarte, pero si no crees de corazón que Jesús es el hijo de Dios, no tienes la base para acercarte a él. Pero con esa creencia, existe el concepto de arrepentimiento. Francamente, en esta breve epístola, Juan no hace referencia directa al arrepentimiento, pero estoy seguro de que sus lectores lo conocían y se encuentra presente a lo largo del Nuevo Testamento.

Juan el Bautista, precursor y proclamador de Jesús, vino predicando un mensaje de arrepentimiento como requisito previo para el perdón. ¿Recuerdan el día en que la iglesia comenzó en Hechos 2? Pedro se puso de pie en nombre de todos los apóstoles y predicó acerca de este hombre, Jesús. Concluyó diciendo: «A este hombre, Jesús, a quien crucificaron, Dios le ha hecho Señor y Cristo». Y quienes oyeron estas palabras se compungieron de corazón y dijeron: «Hermanos, ¿qué haremos?». Pedro dijo: «Arrepiéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados» (Hechos 2:38).

En Hechos 20:21, Pablo, estando en Éfeso, dijo: “He declarado tanto a judíos como a griegos que deben convertirse a Dios en arrepentimiento y tener fe en nuestro Señor Jesucristo”.

Así que creer es necesario para el arrepentimiento. La culminación de la respuesta de fe al aceptar a Jesús en tu vida es el bautismo. ¿Quién vence al mundo? Solo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios. Este es el que vino mediante agua y sangre: Jesucristo. No vino solo mediante agua, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu

es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad (1 Juan 5:5-6). El lenguaje es casi poético, puede resultar confuso. Pero ¿ven cómo dice que los tres dan testimonio: el espíritu, el agua y la sangre? Y antes de eso, dice: «Cuando Jesús vino, no vino solo con agua».

Ahora bien, si conocen la Biblia, saben que cuando Juan, el bautista, vino como precursor, dijo: «Yo solo vengo con agua, pero viene uno después de mí, que bautiza con agua y con el Espíritu». ¿De quién hablaba? De Jesús. A él proclamaba. Efectivamente, Jesús vino con agua y, después de su sacrificio, derramó el Espíritu Santo sobre toda la humanidad, y todo es posible gracias a la sangre que derramó en la cruz. ¿Ven por qué esos tres, el Espíritu, la sangre y el agua, dan testimonio juntos?

El punto de esa metáfora en 1 Juan 5:6-8 se debe a la sangre derramada en el Calvario. Cuando tú y yo nos bautizamos en agua en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para el perdón de nuestros pecados, recreamos la sepultura y resurrección de Jesús. En ese momento recibimos el don del Espíritu Santo junto con el perdón de nuestros pecados, y los tres dan testimonio juntos. Es hermoso. Algunos no lo entienden, pero así es como Juan y los demás escritores del Nuevo Testamento nos dicen que acudimos al Señor Jesucristo y aceptamos la salvación que él ofrece.

4. Dios nos adopta como hijos ¡Cuán grande es el amor que el Padre nos ha prodigado, para que seamos llamados hijos de Dios! ¡Y eso somos! (1 Juan 3:1) Cuando venimos a Cristo en obediencia al evangelio, somos adoptados como hijos. Gálatas 4:7 dice lo mismo, al igual que la carta a los Efesios.

5. Él nos da su Espíritu “Sabemos que vivimos en él y él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu.” (1 Juan 4:13) Dice lo mismo en 1 Juan 3:24: “Los que obedecen sus mandamientos

permanecen en él, y él en ellos. Y en esto sabemos que él vive en nosotros: lo sabemos por el Espíritu que nos ha dado.” “Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios?” (1 Corintios 6:19) “No sabemos qué pedir como conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.” (Romanos 8:26-27) Él “da fruto en nuestras vidas” (Gálatas 5:22-23) Trabaja para ayudarnos a conformarnos a la imagen de Jesucristo. (Romanos 8:29)

¿Qué sucede cuando uno viene a Cristo? ¿Qué sucede cuando uno obedece el evangelio? Juan dice que él te da el Espíritu para que viva en ti y te ayude en tu andar con el Señor.

6. Nuestras vidas cambian. Nuestras vidas cambian después de venir a Cristo y recibir el perdón y recibir el don del Espíritu Santo.

a. Primero, no cedemos al pecado con la misma frecuencia que antes de ser cristianos. «Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no lo ha visto ni lo ha conocido» (1 Juan 3:6).

¿Significa eso que somos personas perfectas después de venir al Señor? No, recuerda: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso y su palabra no tiene cabida en nuestras vidas.” (1 Juan 1:8-10) Eso fue escrito para personas que ya son cristianas. Pecamos, pero porque servimos a un Señor y Maestro diferente y porque tenemos el don del Espíritu Santo viviendo dentro de nosotros, ayudándonos en nuestra vida de oración y en nuestro

caminar para conformarnos más a Jesús, somos personas diferentes. No caemos víctimas de las mismas tentaciones. No anhelamos los caminos del mundo ni los caminos de la carne. No, estamos cambiando día a día, acercándonos y buscando las cosas que Dios quiere que busquemos.

b. Marca la diferencia en cómo tratamos a nuestros semejantes.

El Espíritu obra eso en nuestras vidas. «Nosotros amamos porque él nos amó primero. Si alguno dice: «Yo amo a Dios», pero odia a su hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto». (1 Juan 4:19-20)

No sólo nos alejamos de los valores del mundo y seguimos el camino de Jesús, sino que simplemente tratamos a nuestros semejantes como Dios quiere que lo hagamos.

Resumen

Volvamos a la promesa original. Es la promesa de que puedes saber que eres salvo. Alguien podría decir: "Bueno, ¿cómo puedo saber que soy salvo?". No es difícil.

1. Eres un pecador. Para la mayoría de nosotros no es difícil saberlo.
2. Jesucristo es la respuesta a través de su sacrificio expiatorio.
3. Acepte a Jesucristo como mi Salvador creyendo, arrepintiéndose, estando dispuesto a confesar y experimentando ese nuevo nacimiento en el bautismo, donde el Espíritu, el agua y la sangre, todos testifican de acuerdo con Jesús.
4. ¿Está el Espíritu de Dios dando fruto en mi vida? Lo percibo en si mis anhelos son seguir al diablo en el mundo o si cada día

parece más natural seguir el camino de Dios. Puedo comprobarlo por cómo los trato a cada uno a diario. ¿Los amo como a un hermano o intento explotarlos, abusar de ustedes o ignorarlos?

He oído a gente decir: «No creo que puedas saber si eres salvo». Juan dice que sí. Alguien dice: «Ah, pero es complicado». No, no lo es. O aceptas a Jesucristo o no. O obedeces el evangelio o no. No hace falta ser un genio para examinar la propia vida y decir: «O ando en el Espíritu o no». No me corresponde a mí juzgarte ni a ti juzgarme. Pero sí te corresponde a ti juzgarte a ti mismo.

El resumen completo de esta lección es: «Y este es el testimonio: Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida». No es tan difícil, pero la promesa es segura. ¿Tienes al Hijo de Dios en tu vida?

(Juan 5:11-12)

Adaptado de Amazing Grace #1166, Steve Flatt, 3 de julio de 1994